

La vista sola de este lugar inspiraba compuncion y una saludable tristeza. Mas para que los lúgubres pensamientos no originasen el despecho, el superior particular de estos penitentes, hombre de una virtud y esperiencia consumada, tenia especialísimo cuidado de disipar el tedio, ocupándolos de continuo. Trabajaban en los cortos intervalos que les dejaba una oracion casi continua, en tejer hojas de palma que les traían del monasterio. Este era su soláz en las horas de alivio.

Pasaban unos la noche en su santo fervor á la inclemencia y de pie, violentando á la naturaleza para desterrar el sueño, y acusándose de su cobardía cuando los oprimia. Tenian otros las manos atadas á la espalda como malhechores públicos, y con el semblante macilento y los ojos tristemente inclinados á la tierra exclamaban, que no eran dignos de mirar al cielo ni dirigir la palabra á su Criador. Muchos postrados en tierra ó sobre la ceniza regada con sus lágrimas, ponian la cabeza entre las rodillas para ocultar su confusion, esforzándose de mil modos para ahogar sus suspiros y sus lamentos. Pero en breve no pudiendo contenerlos prorumpian de repente en sollozos, y suspirando por su primera inocencia arrojaban gritos semejantes á los bramidos de una leona á quien han robado sus cachorros. Algunos, semejantes á estatuas, inmóviles, con los ojos abiertos y fijos, parecian como transformados en otros seres por el dolor. Pero qué corazon hay tan duro (añade San Juan Climaco á esta pintura, cuyos rasgos tenia siempre grabados

profundamente en su corazon) qué mármol ó que bronce no se enterneceria al oír los acentos que la mayor parte hacian resonar? Reflexionaban en sí mismos el grado eminente de virtud de donde habian caido: *¿qué se ha hecho, exclamaban, la antigua hermosura de nuestra alma, y la gloria de nuestro primer fervor? ¿Dónde están aquellos dias felices que recordamos ahora solamente con amargura? ¿Quién nos tornará á aquel estado de inocencia é integridad, en que el Todopoderoso habitaba en nosotros, y nos miraba con complacencia?* Dos torrentes de lágrimas corrian de sus ojos al proferir estos lamentos lúgubres, y muchos habian quedado casi ciegos. Clamaban á grandes voces, pidiendo como por preciosos favores, enfermedades horribles, epilepsia, parálisis, privacion de todos sus sentidos y de todos sus miembros con los azotes mas espantosos que pudiesen atormentarles durante la vida, con tal que el Juez supremo les perdonase en la muerte. Decíanse uno á otro algunas veces: *¿creeis, hermano, que alcanzaremos por último misericordia? ¿Juzgais que llegaremos algun dia al feliz término donde no habrá ninguna mancha? Espere-mos solo en la clemencia de nuestro Dios: no cesemos de mortificarnos, crucifiquemos sin piedad una carne impura y homicida que ha dado muerte á nuestra alma.* Estaban cubiertas sus rodillas de callos tan duros como la piel de los camellos, sus ojos horriblemente hinchados, sus mejillas llenas de sulcos y medio consumidas por el abrasado ardor de sus lágrimas. Su pecho por último acardenalado y contuso

del guijaro con que se herian sin cesar, les hacia arrojar algunas veces mucha sangre.”

Este era el espíritu de penitencia aun en tiempo de San Juan Clímaco, es decir, á fines del siglo sexto; pues el Papa San Gregorio le escribió (1), encomendándose á sus oraciones porque su mérito era conocido hasta en las estremidades del occidente; y la carta es á lo mas del año 600, en el cual San Juan Clímaco era todavía abad. Renunció esta dignidad al fin de sus dias, retirándose á la soledad en donde en otro tiempo habia observado la vida de anacoreta, y en ella dió fin á su santa carrera, trabajando con nuevo ahinco en la grande obra de su propia perfeccion.

82. Nunca habia perdido de vista San Gregorio, entre tantos trabajos y cuidados del ministerio pontifical, el objeto de que tanto se habia poseido aun antes de ascender á la Cátedra pontificia, esto es, la conversion de los ingleses, á la que le vimos consagrar su propia persona; y tomó tiempo y medidas para asegurar mejor la egecucion de esta grande empresa. En las Galias tenia un administrador de los bienes que poseía allí la iglesia romana; y mandándole segun su costumbre el uso exacto de estas rentas que se empleaban regularmente en obras de caridad en los mismos parages, advierte y ordena á este administrador, que era presbítero y tenia por nombre Cándido, que comprase jóvenes cautivos ingleses, los pusiese en los monasterios, y los impusiese per-

(1) *Gregor. M. lib. 12. Epist. ep. 16.*

fectamente en los principios de la Religion. Eran estos otros tantos obreros que intentaba emplear en la mision de Inglaterra.

83. Mandó en el año 596 para esta su amada isla á Agustin, abad del monasterio de San Andrés de Roma, acompañado de algunos otros religiosos. En sus epístolas los recomendó á muchos obispos de las Galias, por cuyos distritos debian transitar, entre quienes se contaba á Pelagio de Tours, sucesor del santo obispo Gregorio muerto poco tiempo antes, y á Paladio de Saintes. Notaremos de paso, que el Papa remitia á este reliquias para cuatro altares de la misma iglesia que habian levantado por aquel tiempo, y que tenia hasta trece: egeemplo raro entonces. Tambien escribió el Pontífice á la Reina Brunquilda y á los jóvenes Reyes sus nietos, tanto para lograr su proteccion para con los Reyes de Inglaterra, como para que tuviesen sus misioneros varios cooperadores entre los presbíteros súbditos del Rey de Francia. Descendian de la Germania los francos del mismo modo que los ingleses, y hablando con corta diferencia la misma lengua, eran los mas propios para tratar con estos vecinos. Descúbrese en esta carta y en algunas otras del mismo Papa la idea que ya se habia formado entonces en Roma del imperio francés. Dice el santo Papa á Childeberto, que reinaba á la verdad sobre casi todos los pueblos del dominio francés, que era tan superior á los demás Reyes, como los Reyes lo son al resto de los hombres.

84. Los ingleses y los sajones que de los confines

Germánicos se habían trasladado á la Gran Bretaña cerca de ciento cincuenta años antes, habían fundado allí muchos reinos, de los cuales el de Cant era el mas poderoso. Etheldebarto su quinto Rey, que mandaba hacia treinta y seis años, habia contraido matrimonio con una Princesa francesa llamada Berta, hija del Rey Chereberto. Muy distinta era la religion de los dos esposos, pues el Rey adoraba todavía los ídolos, y la Reina tenia el libre egercicio del cristianismo en su casa. Mas no quiso concretarse á esto solo, sino que hablaba muy á menudo de nuestras sagradas verdades al Rey su esposo, empleando todo el influjo de su ternura para atraerle á la fe. Parecia ser el destino de las Princesas de Francia el librar á los nuevos conquistadores de Roma de las tinieblas de la idolatría y de la heregía; mas aun no habia llegado el momento de la conversion de Etheldebarto. Acogió á los misioneros con dulzura, y aun tuvo la curiosidad de oirlos, á cuyo fin pasó á la isla de Tamer sobre la costa de la provincia de Cant adonde habian llegado. Determinó concederles audiencia en campo raso, por una antigua preocupacion que le obligaba á temer que, respirando el mismo aire que los predicadores del cristianismo en un lugar tapiado, llegarían á encantarle con sus artes mágicas. Obrábanse todavía con frecuencia los milagros en estas circunstancias, cuando se trataba de convertir al Evangelio de dia en dia á nuevos bárbaros; y estos los atribuían como los primeros enemigos del Evangelio á un resultado de la magia.

Llegaban en orden de procesion entretanto los misioneros, llevando una cruz de plata con la imágen del Salvador, cantando letanias y suplicando á Dios les otorgase la salvacion de los pueblos, por los cuales venian de tan lejos (1). El Rey los hizo sentar para oirlos despacio. „Os hacemos saber, le dijo Agustin, la mas feliz de todas las nuevas. Os ofrece el Rey Todopoderoso que nos envia, por medio nuestro, un reino sin fin, acompañado de la paz y de la alegría inalterable. No necesitais para conseguir la posesion, sino rendir homenaje á este Señor supremo que ha formado de la nada el cielo y la tierra y todo lo que contienen. Promesas admirables, dijo el Rey; pero como me parecen inciertas, no puedo dejar por ellas lo que he observado tanto tiempo con toda la nacion de los ingleses. Sin embargo, si otros las juzgan bien fundadas, no quiero privarles de las ventajas que vosotros decís: atraed á vuestra religion á todos los que podais convencer. Y pues venís de tan lejos por nuestro amor, y con la loable intencion de que participemos de lo que vosotros creéis mas verdadero y perfecto, lejos de haceros daño voy á ordenar que os proporcionen todo lo necesario para vuestra subsistencia.”

Concediéronse efectivamente á los misioneros las cosas necesarias, y una habitacion en la ciudad de Dorovern, capital del reino de Cant, que despues se llamó Cantorberi. Pusieron en obra el modo de vivir de los Apóstoles y de los primeros fieles, admitien-

(1) *Gregor. Turon. lib. 9. hist. cap. 26. Ven. Bed. lib. 1. hist.*

do solo lo absolutamente necesario á la vida, ayudando y orando de una manera tan edificante, que un gran número de estos isleños meditativos y juiciosos, movidos sobre todo con esta predicacion muda del buen ejemplo, pidieron á voces el bautismo. Admirado el Rey mismo de la pureza de vida de los misioneros, y reconociendo la solidez de sus ofertas, á vista de los milagros que obraban para confirmarlas, se convirtió por último y fue bautizado. Convirtiéronse muchos despues del Rey; lo que llenaba de gozo á Etheldebeto. Mas no hizo violencia á nadie, porque habia aprendido de los romanos, que el servicio de Jesucristo debe ser voluntario. Contentábase con mostrar una confianza y benevolencia particular á los que profesaban la misma religion que su Soberano.

85. Regresó Agustin á Francia, donde le ordenó obispo San Virgilio de Arlés, vicario del Papa en las Galias. Existia en Cantorberi una antigua iglesia que levantaron los romanos: el nuevo obispo la consagró con la advocacion del Salvador; la erigió en metrópoli, ó mas bien en la primada de Inglaterra, y el Rey la dotó con magnificencia. Llenaban de consuelo al Papa San Gregorio todos estos sucesos, á quien los participó Agustin por medio del presbítero Lorenzo y el monge Pedro, que envió al punto á Roma; y por el mismo conducto consultó al santo Padre sobre muchos artículos relativos al régimen de la nueva cristiandad.

86. No regresó Lorenzo hasta tres años despues;

mas con un refuerzo de obreros apostólicos que se habian preparado durante este intervalo. Llevaba cartas para el Rey y la Reina de los ingleses, para Bru-nequilda, cuya fe y religion ensalza de todo punto el Papa, para los Reyes sus nietos, y para muchos obispos de Francia, á los cuales recomendaba con energía la mision de Inglaterra. Principia, en la carta á Agustin, congratulándose del feliz suceso de sus trabajos; y despues añade (1): „en medio de tantos motivos de regocijo, no ceséis de temblar, mi amado hermano. Recordad en las maravillas que el Señor se digna obrar por vuestras manos, que cuando los discípulos decian con júbilo á su divino Maestro que los demonios les obedecian en su nombre, les respondió: *No os alegréis de esta potestad, sino solo de que vuestros nombres estén escritos en el cielo.* Reflexionad, añade el santo Papa, que estas gracias brillantes no son gracias para vos; y que como no todos los escogidos obran milagros, no todos los que los obran son de este número. Entanto que el Todopoderoso se anuncia esteriormente por vuestro ministerio, juzgaos á vos severamente en vuestro interior. Traed á la memoria todas las culpas que habeis cometido, á fin de sofocar el orgullo que podria despertarse en vuestro corazon.” Entre las pruebas sin número de los milagros de San Agustin en Inglaterra, no existen ningunas mas convincentes que estos graves consejos de parte de San Gregorio.

Despues contesta á los artículos de la consulta que

(1) *Gregor. M. lib. 9. Epist. ep. 58.*

le habia dirigido , que las rentas de la Iglesia debian dividirse en cuatro porciones ; la primera para el obispo encargado de egercer la hospitalidad , la segunda para el clero , la tercera para los pobres , y la cuarta para reparar los templos destruidos. „En cuanto á vos , añade , que habeis pronunciado los votos de la vida monástica que jamás debeis poner en olvido, cuidad de introducir en la nueva iglesia de los ingleses la vida comun , á egeemplo de los primeros fieles.” Ved aquí sin duda por qué en Cantorberi y en otras muchas iglesias de Inglaterra , ocupaban los monges el lugar de los canónigos. Ordena tambien San Gregorio en términos los mas positivos , que así los subdiáconos como todos los eclesiásticos de órden sacro, guarden con religiosidad la continencia. Nacia su atencion particular sobre este punto del abuso contrario que acababa de reformar en la iglesia de Cátana en la Sicilia. Careciendo todavía la Inglaterra de otro obispo que Agustin , le consiente el Papa ordenar á otros por sí solo , hasta que pueda observarse mejor la disciplina general. „Entonces , dice , se reunirán tres ó cuatro para la consagracion ; así como en el mundo se reunen personas ya casadas para tener parte en la alegría de las bodas.”

„Es un crimen , continúa el Papa en su instruccion , casarse con la muger de su hermano ó de su padre ; sin embargo , pueden dos hermanos deposarse con dos hermanas. Mas á pesar de que la ley romana consiente los matrimonios de primos hermanos , la Iglesia que cuenta este grado por el segundo , los

prohibe severamente , concediendo no obstante el permiso de casarse en el tercero y cuarto grado. Deben abstenerse los maridos de sus mugeres mientras crian á sus hijos , como es obligacion materna el hacerlo.” No hay tiempo señalado en que la muger despues de su parto esté obligada con rigor á no asistir á la iglesia. En cuanto á los templos de los falsos dioses , no es de dictámen el Pontífice que se destruyan , sino que despues de purificados pasen del culto de los demonios al culto del Señor. Y porque los idólatras en sus sacrificios inmolaban muchas víctimas con las que celebraban convites , permite que en las fiestas de los Mártires y de los Santos , los ingleses convertidos tengan comidas modestas á la sombra de las enramadas dispuestas al rededor de las iglesias. „A fin , dice , de que con estos regocijos de costumbre , pero inocentes, se les inspire insensiblemente el amor de una alegría interior y toda celestial. No se deben despojar de un golpe los ánimos duros de sus antiguas costumbres, así como no se llega saltando á un lugar elevado , sino subiendo paso á paso.”

87. Enterado Agustin de estas instrucciones , colocó obispos en York , Londres , y en algunos otros puntos. El Rey Etheldeberto , constante en la fe que habia abrazado despues de maduras reflexiones , se mantuvo en ella con edificacion hasta el fin de su reinado , que duró todavía muchos años y fue muy feliz. No cesó por su parte en toda su vida el Papa San Gregorio de mirar con tanto celo estas iglesias reciennacidas , como si no tuviera sobre sí el cuidado

de todas las demás. A pesar de este celo por las obligaciones de Pontífice, cumplía con las de obispo, como si no estuviera á su cargo mas que una diócesis.

88. Durante todo el curso de su pontificado miró siempre la obligacion de instruir como la mas indispensable, y anunció por sí mismo la divina palabra. Desde el principio habia escrito una serie de cuarenta homilias sobre los Evangelios comunes, que se leían ya entonces en la misa en el mismo orden que se leen hoy. Despues tomó á su cargo el explicar al pueblo las profecias de Ezequiel: asunto acomodado á la desgracia de los tiempos, y no menos conforme al gusto del orador que comentaba con facilidad el testo sagrado en el sentido moral. Ofrecieron desde luego los tres primeros capítulos materia para doce homilias á la fecundidad de su pluma. Mas recelando que no podria explicar de este modo toda la obra, le suplicaron que explicase la última parte, que habla del restablecimiento del templo de la ciudad santa, y debia ser la mas consoladora. Escribió, pues, otras diez homilias sobre este asunto, aunque no espositó mas que un capítulo. Escuchaban todos con tal delicia á este afectuoso y patético orador, que copiaban sus discursos mientras los pronunciaba.

89. Sus diálogos merecieron la propia acogida; porque no se contentaba con enseñar de viva voz, sino que reputándose deudor á los fieles de toda clase y de todo pais, procuraba instruirlos y edificarlos por todos los modos posibles. Formó los diálogos á ruegos de sus hermanos, es decir, de los clérigos y mon-

ges con quienes vivia familiarmente. Se conservaba por tradicion la memoria de muchos milagros sucedidos en Italia en el espacio de cierto número de años, y las personas de una piedad sólida ansiaban con eficacia que el santo Pontífice los recogiese en un escrito. Miraba él mismo esta coleccion de hechos prodigiosos, como mucho mas propia que las disertaciones mas sabias y que los racionios mas exactos para convencer á los infieles que aun habia en Italia, los que yacían casi todos en la esclavitud y eran rústicos ó soldados bárbaros é ignorantes. Trabajó en efecto con tanta mas eficacia para la conversion de los lombardos, cuanto palpaban por sí mismos la verdad de la mayor parte de estos prodigios, obrados poco tiempo antes con personas de su nacion. Recibieron todos esta obra con aplauso general y extraordinario, y ha conseguido el comun aprecio sin interrupcion por espacio de ocho á nueve siglos. Se necesitaba para desmentir el respeto de toda la antigüedad, ó á lo menos para llevar la acrimonia de la censura hasta la irrision y el desprecio, toda la desvergüenza de las heregias suscitadas contra el celibato religioso, y las observancias mas puras de la perfeccion cristiana. Mas su estremado odio, manifestamente interesado, se desacredita por sí mismo. Seriales menos odioso San Gregorio, si no alabase en sus diálogos una multitud de varones santos que encontraron y consiguieron su santidad en la vida monástica; y si no cimentase de un modo invencible la creencia de los puntos capitales de doctrina, contra los cuales nuestros cis-

míticos reformadores han pronunciado su tardía y sacrilega protesta. Ocupan todo el libro segundo de estos piadosos diálogos las virtudes y los milagros del santo patriarca de los cenobitas del occidente. En el cuarto, destinado principalmente á probar la inmortalidad del alma, demuestra el santo doctor que hay un purgatorio para purificar por el fuego las almas de los difuntos de las manchas leves, y para espiar lo que no ha sido espiado con la penitencia.

90. La que principalmente repugna á los protestantes entre las obras de San Gregorio, es la intitulada el sacramentario, ó coleccion de las oraciones y ceremonias que debe verificar el sacerdote en la administracion de los sacramentos y en la celebracion del santo sacrificio. Habia ya formado el Papa Gelasio la coleccion de las misas de todo el año; pero San Gregorio despues de muchas supresiones y algunas adiciones, lo ordenó todo en un volúmen que mereció entonces el mayor aprecio, y fue la causa de atribuirle toda la obra. No hay sin duda alguna otra que mejor dé á conocer todo el respeto que se debe á nuestras santas solemnidades, por nimias que puedan parecer ciertas observancias que reconocemos respetadas y practicadas con religiosidad en los mas remotos tiempos. Son cuasi los mismos el orden y las oraciones de hoy, que en la época mas lejana. Entonamos todavía en el introito un verso del salmo que se cantaba entero en otro tiempo. La misma mudanza se ha hecho en el ofertorio y en la comunión; porque las comuniones menos numerosas en nuestras mi-

sas, á causa de que se celebran en el día mas que en aquellos tiempos, no requieren ya el mismo espacio de tiempo que entonces. Acontece lo propio con el introito que se decia antiguamente *ínterin* el pueblo entraba en el lugar santo, y mientras que un clero numeroso se dirigia magestuosamente hácia el altar. Hacia señal el celebrante para cantar el *Gloria Patri* del salmo, cuando todo estaba preparado. Ofrecian los fieles el pan y el vino para la consagracion, y ellos mismos amasaban este pan. Con este motivo recibiendo un día la comunión de mano de San Gregorio una señora romana, se sonrió al oír que el Pontífice llamaba cuerpo de Jesucristo al pan que ella habia amasado por sus manos. Mas deseando el Santo arraigar la fe vacilante de una cristiana tan débil, mandó guardar la hostia, se puso en oracion, y despues se la mostró convertida en carne á vista de todos. Léese todavía, en cuanto al cánon de la Misa, en el sacramentario de San Gregorio al pie de la letra el mismo que hoy recitamos, escepto estas únicas palabras: *diesque nostros in tua pace disponas*, que opinamos la añadió á la segunda oracion para pedir la paz al Señor en aquellos tiempos de turbacion y de calamidad. No encontramos mayor diferencia entre nuestro cánon y el que se lee en el tratado de los sacramentos atribuido á San Ambrosio, y que indudablemente es muy antiguo. Como las misas, en particular las solemnes, eran entonces mucho menos frecuentes que hoy, se habian señalado las iglesias donde debia celebrarse el oficio en ciertos días, y aun cada